



NÚMERO 822

28 DE JUNIO DE 1915

AÑO XXXII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 a 3.—Trajes para balneario



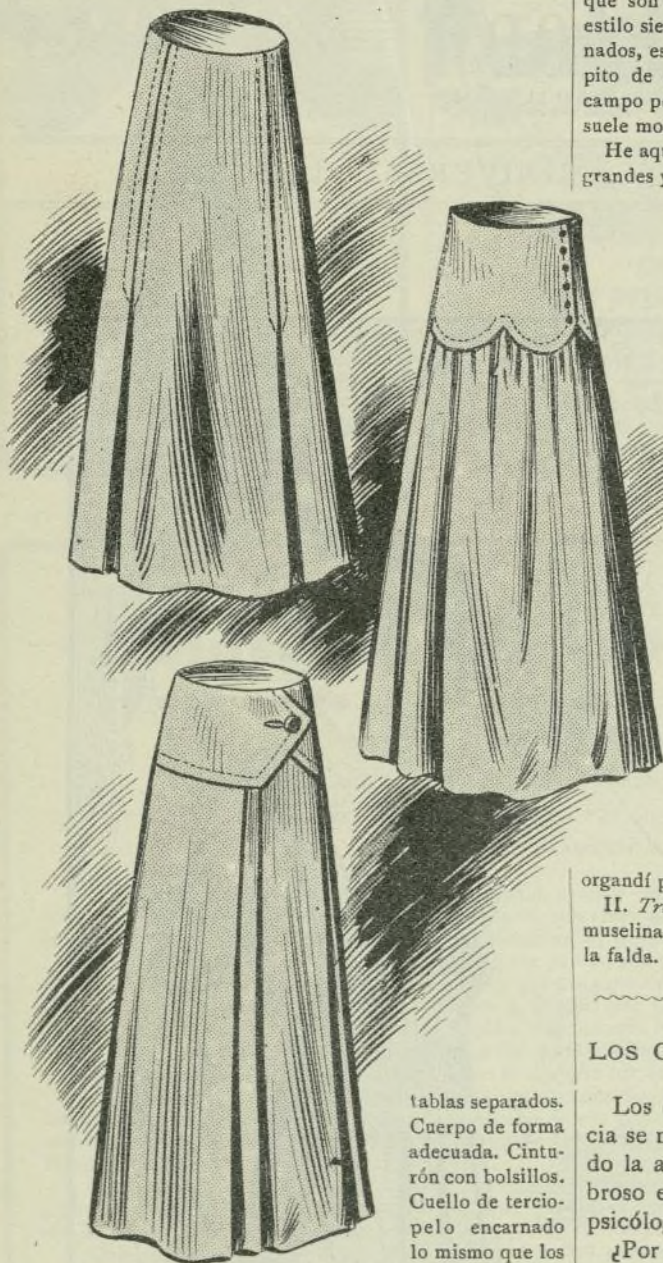
## SUMARIO

TEXTO. — Explicación del suplemento. — Descripción de los grabados. — Los caprichos de los niños. — Pensamientos. — La mujer y el hogar. — Consejos útiles. — Oliverio Twist, novela de Carlos Dickens (*continuación*). — Recetas culinarias. GRABADOS. — 1 a 3. Trajes para balneario. — 4 a 9. Faldas de novedad. — 10 a 12. Sombreros para niñas. — 13 y 14. Trajes de verano. — 15 y 16. Trajes de tarde. — 17 y 18. Vestido para niña de 6 a 7 años y patrones del mismo.

## EXPLICACIÓN DEL SUPLEMENTO

FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de excursión.

Primer traje, de jerga suave. Falda corta, con pliegues de



4 a 6.—Faldas de novedad

una hermosa pluma cuchillo, hábilmente dispuesta a un lado.

Segundo traje, de lana muy fina de color azul, adornado de tela blanca listada. Cinturón charolado blanco. Sombrero canotier, adornado de una cinta sujeta por una hebilla forrada.

## DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

## I a 3. TRAJES PARA BALNEARIO.

I. Traje de tela de hilo azul claro. Falda lisa, corta y ancha, con costura delante y detrás. Chaqueta floja, con ancho cinturón y bolsillos respuntados. Cuello de marinero, de piqué blanco.

II. Traje de niña, de hilo blanco, guarnecido con un delantero y cuello de bordados a la inglesa.

III. Falda con tirantes de color verde crudo. Canesú remontando en el delantero, muy semejante, en su forma, al cosetele, con botones que sujetan las presillas: falda fruncida alrededor del canesú. Blusa de muselina a cuadros muy grandes, blancos y verdes. Cuello separado.

## 4 a 9. FALDAS DE NOVEDAD.

I. Falda con pliegues respuntados, entrados en el delantero y a los lados. Esta falda es muy ancha y se hace bastante corta.

II. Falda con canesú formando ondas, abrochada sobre el delantero: el resto de la falda va fruncida al canesú.

III. Falda con canesú, con pliegues, formando delantal delante y detrás.

IV. Falda lisa, con pliegues a cada lado que proporcionan

mucha amplitud: unas presillas anchas, con botones de fantasía, sujetan los pliegues.

V. Falda campana, muy ancha, con una costura respuntada sobre el delantero.

VI. Falda con canesú, con pliegues de tabla, adornados de botones de terciopelo, que dan mucha amplitud a la falda.

## 10 a 12. SOMBREROS PARA NIÑAS.

Para las vacaciones, nuestras encantadoras niñas necesitan sombreros prácticos y graciosos; así como para las mamás empleamos y vemos formas mayores que permiten resguardar el rostro de los ardientes y brillantes rayos del sol, cosa que no es para despreciar. Las grandes capelinas, cubiertas de tul o de encaje, son muy bonitas, y una cabecita rubia o morena siempre resulta adorable con estos sombreros. Los canotiers, para las niñas mayorcitas, son muy prácticos, y además sencillos, sin el menor adorno: se hacen de tafetán a cuadros, que son encantadores; de hilo igualmente, para la playa: este estilo sienta muy bien; pero, para el campo, un poco más adornados, es muy adecuada una pequeña corona de flores, un grupito de flores o de frutas, siempre bonito y fresco; porque el campo permite más fantasías que la playa, donde el viento suele molestar y la humedad es mayor.

He aquí algunos sombreros a propósito para nuestras niñas grandes y chicas.

El primero, para jovencita de quince años, es de paja de trigo, de hechura redonda, con el ala vuelta alrededor, y está adornado sencillamente de un gran lazo de tafetán a cuadros.

El segundo es una capelina de paja de Italia, levantada por delante, adornada de una cinta brochada azul, prendida con negligencia, que cae formando una gran brida; un pequeño ramito de rosas pompón va colocado a un lado. Muy graciosa es esta capelina para una niña de ocho a doce años.

El tercero es un canotier de paja blanca, forrada el ala con terciopelo negro, algunos grupos de cerceas se prenden separadamente alrededor de la copa. Este sombrero es para niña de doce a quince años.

## 13 y 14. TRAJES DE VERANO.

I. Traje de hilo bordado con pequeños ramitos, adornados, el cuerpo y la falda, con anchas tiras de tela de hilo bordadas de trencilla. Tira de tela lisa por el borde de la falda. Cinturón de tafetán.

II. Traje de tesor blanco. Falda con pliegues. Cuello y puños de encaje. Cinturón y corbata de tafetán azul natter.

## 15 y 16. TRAJES DE TARDE.

I. Falda de tafetán rayado, orlado de trencillas negras. Tirantes de tafetán rayado, guarnecido de bordados de trencilla. Cuerpo de velo y cuello de

organdí plegado.

II. Traje de tafetán azul antiguo. Peto, mangas y tiras de muselina del mismo tono. Plegados de tafetán en la falda.

## LOS CAPRICHOS DE LOS NIÑOS

Los caprichos, que con tanta frecuencia se manifiestan en el niño, no han fijado la atención, como dice Paula Lombroso en la *Nueva Antología*, ni de los psicólogos ni de los pedagogos.

¿Por qué tienen caprichos los niños? Se cree que un capricho es una extravagancia sin causa ni razón, que no vale la pena de estudiarse, y esto es un error. Para nosotros no tendrán causa ni razón; pero la tienen sobrada para el niño, y eso es lo que no se ha estudiado. Hay, sí, muchos caprichos de pura malicia y por puro espíritu de tiranía; pero hay otros que tienen su origen en un estado psíquico de misoneísmo o de irritabilidad especial que requieren ser tratados con tacto y dulzura.

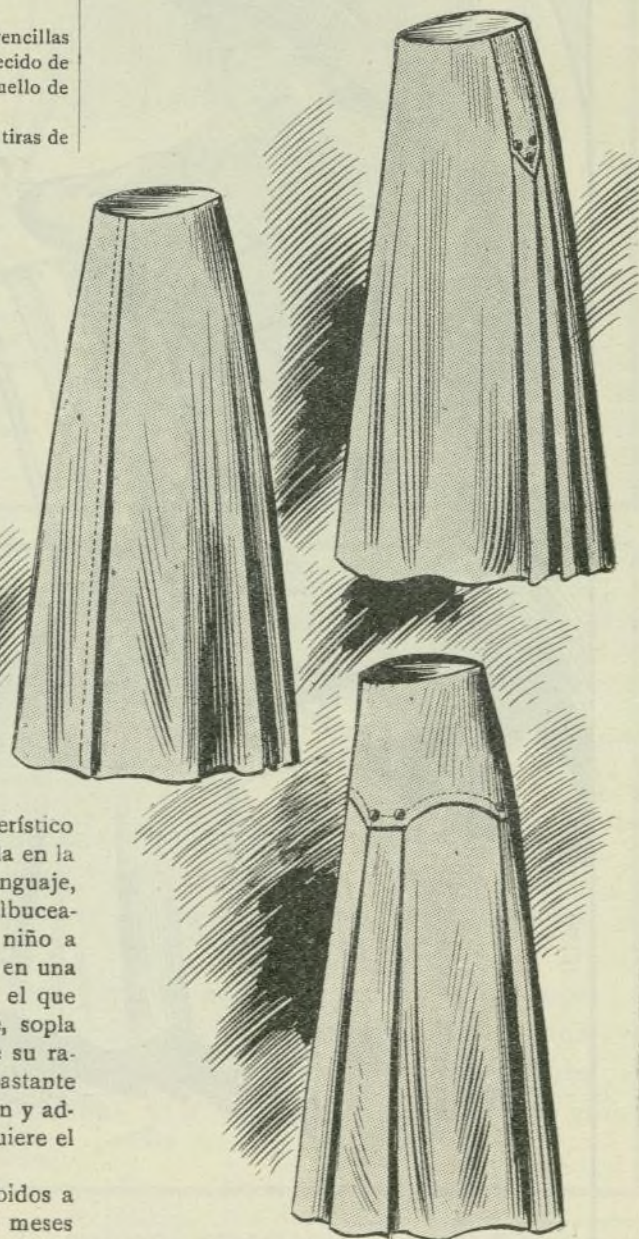
El misoneísmo, el odio a lo nuevo, es característico de los niños en la primera infancia, y se revela en la inercia que opone a las correcciones de su lenguaje, insistiendo en repetir la palabra incorrecta balbuceada en los primeros ensayos para hablar; el niño a quien se enseña a pedir permiso para entrar en una habitación, lo pide aunque no haya nadie; y el que se acostumbra a soplar su comida caliente, sopla hasta los helados. Este odio a lo nuevo tiene su razón fisiológica, pues un niño no tiene vigor bastante para cambiar a cada momento de orientación y admitir ese constante hacer y deshacer que requiere el desarrollo de la existencia.

Muchos de los caprichos del niño son debidos a su apego a la rutina. Un niño de diez y ocho meses debía estar levantado la noche de Navidad para ver el árbol de Navidad; como estaba acostumbrado a

tomar el último biberón en la cama y en camisa, de noche, cuando sintió hambre y se le dió la leche, empezó a gritar como un desesperado, y no se calmó hasta que se le puso la camisa de dormir y se le metió en la cama; una niña de cinco años, hospedada en casa de la Lombroso, no quería bañarse ni en el cuarto de baño ni en su alcoba, sino en la alcoba de la madre de Paula, «porque en nuestra casa—decía la niña—mamá se baña en su alcoba». Una vez Lombroso fué llamado en consulta para un niño que cuando entraba en cierta habitación gritaba y lloraba, sin que nadie acertara con la causa; la causa era que habían metido allí una gran cómoda que modificaba la disposición de los muebles; arreglada la habitación como estaba antes, el niño se calmó. Todos estos caprichos son naturales y no deben preocuparnos, como no nos preocupamos de que el niño no sepa andar o no tenga dientes.

Más graves y más difíciles de curar son los caprichos que parecen accesos de manía. Alfredo Musset rompió un día un espejo magnífico con un taco de billar, sin que su madre se atreviese a reñirle, sabiendo que era víctima de su nerviosidad. Jorge Sand cuenta, entre los caprichos de su hija, el que tuvo un día para salirse con la suya de no pasear a pie: al bajar del coche se encontraron con que se había quitado los zapatos y los había tirado a la calle sin que lo vieran, quedándose descalza.

Paula Lombroso fué testigo de una escena terrible, promovida por una niña caprichosa que no quería irse a la cama cuando ya era hora de acostarse; la niña se puso furiosa y decía: «Voy a la cocina, cojo el cuchillo y os mato a todos: mato al padre, a la madre, a los hijos y a las hermanas, y luego os cortaré la cabeza, y os sacaré toda la sangre, y os pondré cabeza abajo, y luego me escaparé a un bosque y me perderé, y no me encontraréis y lloraréis; ¡malos, malos, malos!» Otra niña se empeñaba en que le daban botas diferentes de las de sus hermanos, botas «que se paraban», mientras que las otras no se



7 a 9.—Faldas de novedad



agarraban nunca al suelo. Estos caprichos son fruto de un malestar crónico o agudo, que sólo se curan atendiendo al estado general, robusteciendo al niño para restablecer el equilibrio de sus facultades.

Así como con los caprichos que dependen de atraso intelectual o de un estado excepcional de irritabilidad debemos ser indulgentes, con los que sólo significan imperiosidad y testarudez debemos ser inflexibles. El niño tiene la más fina intuición de nuestra debilidad, y si nota que estamos dispuestos a ceder, empieza por *dilettantismo* a probar nuestra paciencia, y acaba por hacernos víctima de su tiranía. Una niña de tres años se empeñaba en que su madre la paseara en brazos horas y horas, gritando en cuanto la dejaba un momento; otra de diez y seis meses no permitía a nadie sentarse en su habitación en otra silla que la por ella designada, y para ello obligaba a levantar sin compasión a una anciana de ochenta años de su sillón; esa misma niña había de merendar sentada dentro del aparador y en compañía del gatito de la casa; otra niña de dos años y medio se plantó en medio de la calle y quiso saber por qué habían escrito una T en el eje de una casa en construcción, y porque no le satisficieron las explicaciones, se irritó y pateó y no quiso moverse de allí. Nada de esto debe tolerarse. Una buena reprimenda, y a la cama: ése es el mejor remedio para lograr resultados.

Hay padres que están reducidos a comer sin servilletas ni salero ni platillos ni copas, porque no se ben imponer a sus hijos; y otros que no pueden ir con ellos de paseo porque todo se les antoja, mientras que saliendo con la niñera van tranquilos. El daño de esta conducta es gravísimo, y es preciso saber usar de autoridad y de energía para que el capricho del niño, apenas nacido, desaparezca de raíz, sin dejar retoño alguno. Es el modo de lograr tranquilidad y de extirpar en los niños nocivas pasiones, preparándoles un porvenir dichoso.

F. A.

## PENSAMIENTOS

No hay mentira más perjudicial que la verdad disfrazada.

MANUEL TAMAYO Y BAUS

Ocasiones habrá en que sean aplaudidos los desaliñados esfuerzos de algún energúmeno ignorante, por el interés o las pasiones de este o aquel partido; mas la gloria sigue los pasos del que avanza por segura senda; muere y desaparece la maleza de tantos arbustos enanos, para que la vista se espacie en la contemplación de algún árbol robusto y frondoso que desafíe a la fortuna y al tiempo.

CÁNDIDO NOCEDAL

El desprecio a otros que saben más, es el arte más vil de todos; pero uno de los más seguros para acreditarse entre espíritus plebeyos.

FRAY BENITO JERÓNIMO FEIJOO

No inspira respeto aquel cuya vida es objeto del general desprecio.

JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ DE LA HOZ

El arma de la mentira está de tal modo templada, que los hombres hieren con ella y las mujeres con ella se hieren.

SEVERO CATALINA

Cuando un hombre deja de amar a una mujer, la compadece; cuando una mujer deja de amar a un hombre, lo desprecia.

NORÍAC

Las faltas no tienen límites, como tienen los terrenos: se encuentran en los más buenos, y es justo que les prevenga: aquel que defectos tenga, disimule los ajenos.

JOSÉ HERNÁNDEZ

No hay defectos más públicos que los del que pretende caer de ellos.

La ocupación más lucrativa del hombre es sin duda la de honrar a los otros.

MANUEL DE SEIJAS LOZANO

## LA MUJER Y EL HOGAR

La educación de un niño empieza y termina en el hogar, pasando por la escuela.

Más claro: la madre la inicia; el maestro la prosigue, y la madre la redondea.

Con esto queda indicado cuán enorme responsabilidad alcanza a una madre respecto a la educación de sus hijos.

Es ella algo más que la colaboradora del maestro, el cual, por razón de su ministerio, debe dedicar su atención preferente y la mayor parte del tiempo que dedica a la enseñanza del muchacho, más bien a la labor instructiva que a la educativa. Esta última función corresponde principalmente a la madre, y la que así no lo comprende o no sepa desempeñar su cometido, es culpable de los desmanes de sus hijos, de todos los disgustos que puede acarrearle la mala crianza que ésos han tenido, los que ellos mismos se procuran con su mala conducta, y hasta de los daños que con ella pueda causar a la Sociedad.

La mayor parte de los desafueros que se cometen, de los desacatos a la autoridad, de las infracciones a la ley

y hasta de los delitos y crímenes que llenan las cárceles de delincuentes, son imputables en su origen a la mala educación que en la niñez han recibido los autores de estas fechorías.

A menudo se lamentan las mujeres lo mismo las de posición modesta, que las damas de la alta sociedad, de las groserías y atrevimientos de que son víctimas por parte de algunos jóvenes desenfrenados.

En los teatros y lugares públicos se conducen los mozalbetes de hoy día, aun aquellos que por su posición social y por frecuentar colegios y academias debieran dar

muestras de buena educación, con una falta de urbanidad y de decoro que los hace indignos de alterar con personas cultas y bien nacidas. Parece como que hacen gala en los cinematógrafos y sitios de recreo, de molestar a los espectadores con sus gansadas, chistes soeces y desfachatadas manifestaciones, imitando gritos de animales y poniendo en evidencia su desaprensión y su descoco.

Pues bien; todo esto es culpa de las madres que no han sabido educar a sus hijos, refrenando sus infantiles caprichos e inculcándoles principios de cortesía, de rectitud y de altruismo.

Debieran las madres penetrarse de los deberes que les impone la alta misión que les está encomendada; comprender que en sus manos está formar el corazón y modelar el carácter de sus chicos, teniendo siempre presente que un día, cuando sean mayores, serán buenos o malos ciudadanos, según la educación que en el hogar hayan recibido.

Hay muchas señoras de buen tono que se preocupan más de su guardarropía; más de que sus trajes estén a la última moda; más de las joyas y aderezos con que han de deslumbrar a sus amigas en el teatro o en los salones; más de cumplir con los deberes de cortesía hacia sus amistades y relaciones sociales, que de la educación y buena crianza de sus hijos.

A ésas conviene recordarles, si es que lo saben,



10 a 12.—Sombreros para niñas

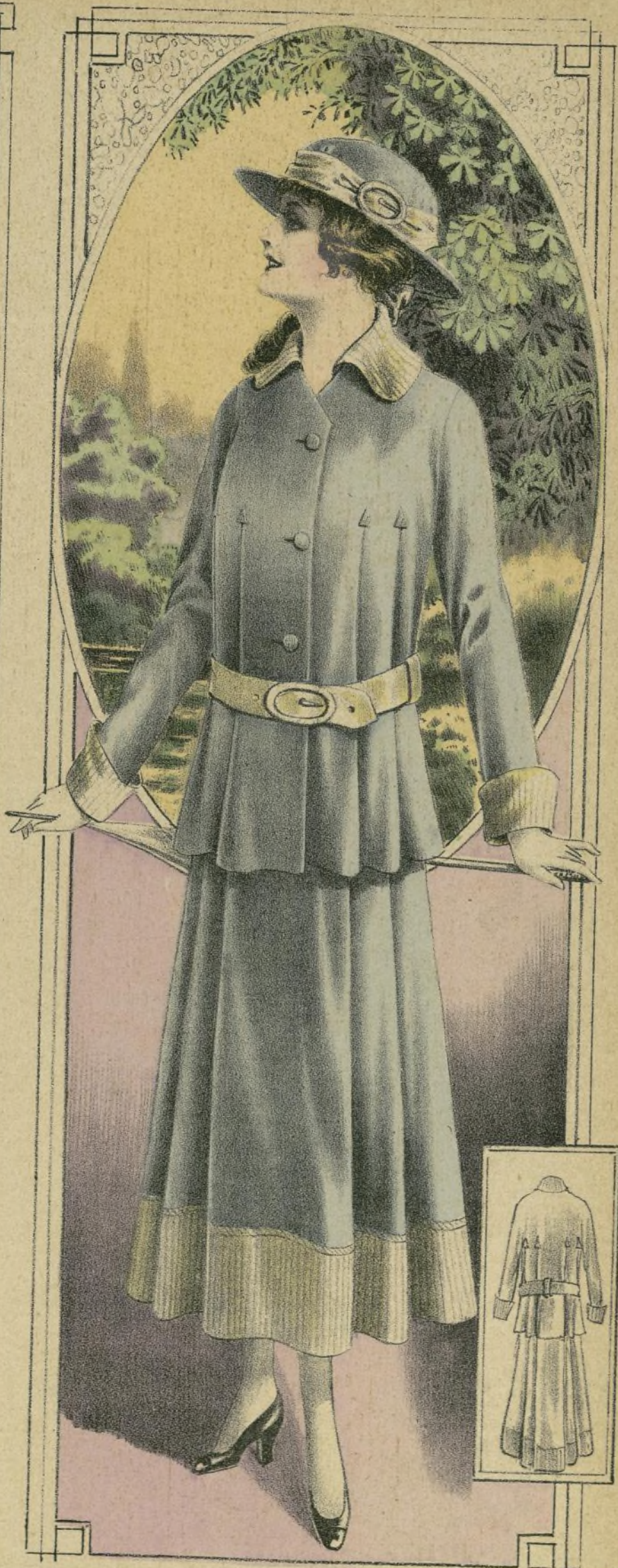








Gaston DROUET, Éditeur Paris



PL 146

Reproduction Prohibida

## EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona.

XXIX - 822

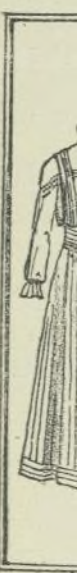
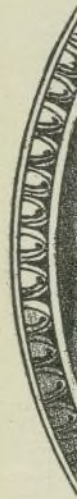
**CRISTOL-TOCADOR**  
antiseptico para el tocado intimo  
de las **SEÑORAS**  
Cura las afecciones uterinas  
VIAL - PARIS, y todas las farmacias

Solución Pautauberge, el  
remedio más eficaz para curar enfer-  
medades del pecho las toses recientes y  
antiguas, las bronquitis crónicas.



La "**CRÈME SIMON**", Es un  
producto maravilloso para el  
cuidado del rostro y su belleza.  
— Polvo de arroz y jaboncillo  
a la "**Crème Simon**".









DE VERANO

Ayuntamiento de Madrid





17.—Vestido para niña de 6 a 7 años

Se confecciona con etamina de color azul eléctrico, con chaleco, cuello y bocamangas de nansú blanco; lleva una faja de glacé blanco, que también puede ser de género igual al del traje.

aquel incidente de la historia de Roma. Érase una mujer rica y poderosa de Campania, que un día fué a Roma lujosamente ataviada, y visitó a Cornelia, esposa de Graco, haciendo alarde de las joyas y ricas telas que llevaba puestas, y que aquella alabó infinito. Al pedir a Cornelia que le mostrase las suyas, díjole ésta, llamando a sus hijos: «éstos son mis tesoros, mis joyas y aderezos.»

¿Os quejáis, esposas, de que vuestros maridos no sean como quisierais? ¿Os lamentáis, madres, de que vuestros hijos no vayan por el buen camino? Pues haced que vuestros pequeños, que serán los hombres de mañana, sean tales como quisierais que fuesen los de hoy.

Vuestra labor es más trascendental de lo que os parece. Vosotras sois, no tan sólo las reinas de vuestro hogar, sois también las obreras de la nación, pues de vuestras manos salen los hombres que más tarde dirigirán sus destinos.

Pensad, por lo tanto, que la educación de vuestros hijos puede contribuir grandemente a la prosperidad, al bienestar y a la grandeza de la Patria.

## CONSEJOS ÚTILES

Un periodista inglés ha abierto una información entre personas competentes, para averiguar si es útil, nocivo o inocuo el leer acostado.

En esta información, como en todas, las opiniones son contradictorias; pero del conjunto de las respuestas puede desprenderse la conclusión general de que la lectura en la cama es o no peligrosa o dañina, según la costumbre que se tenga de ponerse para leer, y según la luz que se reciba.

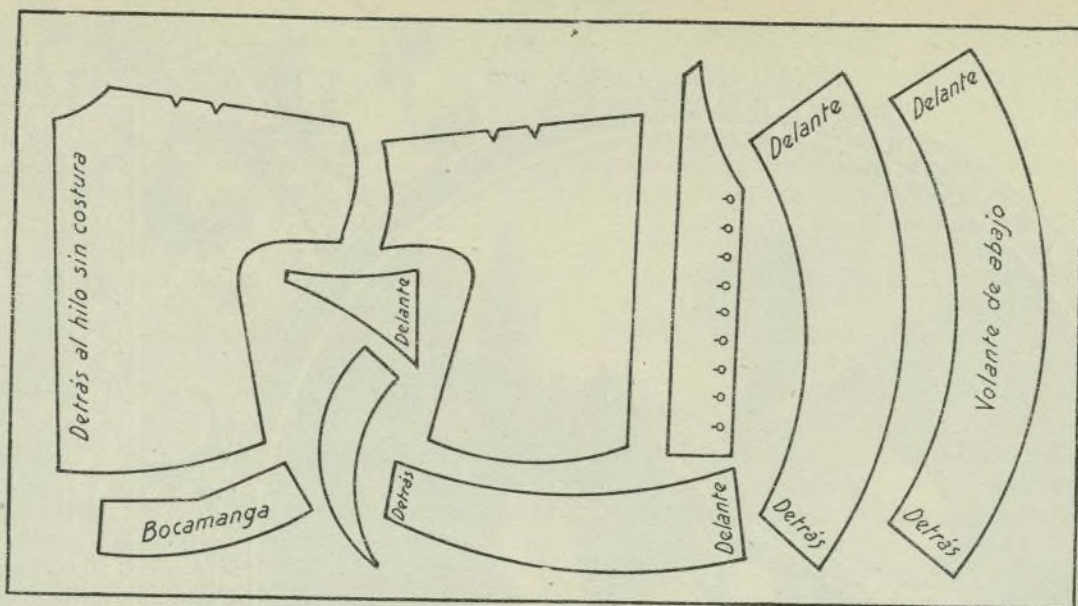
Dentro de esta conclusión general, pueden establecerse las siguientes conclusiones particulares:

1.ª Es nociva la lectura en la cama en postura supina, o boca arriba, porque en esta posición los ojos se fijan en el libro de un modo forzado y penoso, no pudiendo, por otra parte, la luz iluminar convenientemente el papel leído; por todo lo cual se produce fatiga y dolores de cabeza.

2.ª Tampoco es conveniente la lectura boca abajo, porque se fatigan los brazos y los hombros, que deben sostener elevado el tronco, y porque se comprime demasiado el tórax, sin contar con lo molesto de esta postura, que sólo puede resistirse durante muy poco tiempo.

3.ª La lectura de costado, especialmente del derecho, con la cabeza sostenida por un almohadón, en postura cómoda y con la luz dando directamente sobre el libro, no es perjudicial, y hasta puede ser conveniente cuando proporciona al cuerpo un reposo suficiente, que va en beneficio del cerebro.

En *The Critic* se indican las condiciones materiales que debe



18.—Patrones del vestido para niña

reunir el libro destinado a ser leído en la cama; pues en cuanto a la materia, claro es que depende de los gustos, aficiones y hasta necesidades o conveniencias de cada cual.

La costumbre de leer en la cama dice el autor que es inglesa y americana, y nosotros podríamos también añadir que española. Los franceses prefieren leer en el baño, como Marat, porque como les gusta el baño caliente, permanecen en él largo tiempo y se distraen leyendo, cosa que no pueden hacer los que toman baños fríos, porque éstos son forzosamente cortos.

¿Qué condiciones debe reunir un libro para leerlo cómodamente en el lecho? El papel debe ser perfectamente blanco y, a ser posible, áspero, nunca satinado; los caracteres del tipo, 10 romano; el peso, de 350 a 450 gramos cuando más (es de suponer que si pesa menos, tanto mejor); la altura debe ser de 165 milímetros, y el ancho de la página 127; las márgenes deben ser de 19 milímetros en la cabeza, 44 en el pie y 30 en los lados. Con esto y con que el libro sea flexible, de modo que se abra con facilidad y permanezca abierto sin violencia, se tiene el libro ideal para la lectura en la cama.

## OLIVERIO TWIST

NOVELA DE CARLOS DICKENS

(Continuación)

—Hay en las facciones de este muchacho alguna cosa que me interesa, decía el anciano paseándose solo y acariciando pensativo la cubierta del libro. ¡Será inocente! Así parece... Veamos pues, dijo deteniéndose: ¡Dios mío!, ¿dónde he visto una cara como la suya?

Después de algunos minutos de reflexión, el anciano, todavía pensativo, entró en un cuarto que daba al patio: sentóse en un rincón y pasó revista a una multitud de semblantes en los cuales no había pensado jamás. —«No, dijo después de un breve instante, meneando la cabeza: es necesario que esto sea un sueño de mi exaltada imaginación.»

Entregóse de nuevo a sus recuerdos: todas aquellas imágenes que había evocado en su mente, no era fácil desecharlas tan pronto; volvía a ver las facciones de sus amigos y enemigos de otros que le eran casi extraños; los rostros alegres de hermosas jóvenes o de mujeres ancianas; de personas que habían fallecido ya, pero que el recuerdo, que triunfa de la muerte, se las representaba con toda la exactitud de la realidad; veíalas con sus ojos brillantes, con sus encantadoras sonrisas que hacen radiar el alma, por decirlo así, a través de la materialidad del cuerpo; recuerdos que nos hacen soñar con la belleza espiritual que sobrevive a la muerte, más radiante que la belleza terrestre; imágenes que se nos aparecen para alumbrar dulcemente el camino que conduce al paraíso.

Sin embargo, el anciano no pudo encontrar entre todas esas figuras el retrato de Oliverio. Los recuerdos que había evocado le hicieron exhalar un profundo suspiro; mas afortunadamente para él, se disipó por completo, empujando de nuevo su lectura y olvidó todo lo demás.

A los pocos momentos la suspendió otra vez, porque el carcelero, dándole un golpe en la espalda, le suplicó que le siguiera. El anciano cerró en seguida el libro y fué introducido en la sala en donde administraba justicia el imponente y célebre señor Fang.

Esta sala de audiencia daba a la calle; en el fondo estaba sentado el señor Fang detrás de una pequeña balastrada, y cerca de la puerta, en un banquillo de madera, estaba ya el pobre Oliverio, temblando ante la gravedad de esta escena.

El señor Fang era de mediana estatura y casi calvo: los pocos cabellos que le quedaban le cubrían la parte de detrás y los lados de la cabeza, la expresión de sus facciones era dura y sus mejillas coloradas.

El anciano le saludó respetuosamente, y adelantándose hasta la mesa, le dijo entregándole su tarjeta:

—He aquí mi nombre y mis señas, caballero.

Y retrocediendo dos o tres pasos saludó de nuevo, esperando a que se le dirigiera la palabra.

Daba la casualidad que el señor Fang se encontraba gravemente ocupado en aquel momento, leyendo un diario de la mañana, en el cual se daba cuenta de una sentencia que él había recientemente publicado y en donde se le recomendaba por la centésima vez a la atención particular del secretario de Estado. Esta lectura llevaba a su imaginación muy lejos de allí, y por esto levantó los ojos con mal humor.

—¿Quién sois vos?, preguntó.

El anciano, sorprendido con esta pregunta, señaló con el dedo la tarjeta que había dejado encima de la mesa.

—Oficial de policía, ¿quién es ese individuo?, dijo el señor Fang, poniendo a un lado desdenosamente la tarjeta y el diario.

—Mi nombre, dijo el anciano reprimiéndose, mi nombre, caballero, es Brunlow; permitidme que a la vez pregunte el nombre del juez que escudado por la ley, insulta gratuitamente y sin ninguna provocación a un hombre respetable.

Y al propio tiempo el señor Brunlow parecía volver sus ojos alrededor de la sala para buscar alguien que contestara a su pregunta.

—Oficial de policía, replicó el señor Fang, ¿de qué está acusado este individuo?

—No está acusado de nada, señor magistrado, contestó el oficial; comparece en queja contra ese muchacho.

Esto lo sabía ya el señor Fang; mas era un buen medio de fastidiar al prójimo impunemente.

—Comparece contra este muchacho, ¿no es cierto?, dijo Fang examinando desdenosamente al señor Brunlow de pies a cabeza. Hacedle prestar juramento.

—Antes de prestar juramento, permitidme decir algunas palabras, replicó Brunlow; si no lo hubiese presenciado, jamás hubiera podido creer que...

—Callad, caballero, dijo con tono imperativo el señor Fang.

—No, señor, contestó Brunlow.

—Callad al instante, o de lo contrario os hago salir de la audiencia, dijo el señor Fang. Sois insolente al atreveros a insultar a un magistrado.

—¡Cómo!, exclamó el anciano trémulo de cólera



—¡Haced prestar juramento a este hombre!, dijo Fang al escribano. No quiero oír ni una palabra más. Hacedle prestar juramento.

La indignación de Brunlow había llegado a su colmo; mas reflexionó que excediéndose podía perjudicar a Oliverio, y así se contuvo y prestó juramento sin replicar.

—Veamos, dijo el señor Fang, ¿de qué se acusa a este muchacho? ¿qué tenéis que decir, caballero?

—Estaba en la tienda de un librero..., empezó Brunlow.

—Callaos, repuso el señor Fang. ¡Agente de policía! ¿Dónde está el agente de policía? Vamos, que preste juramento. ¿De qué se le acusa, agente?

Éste declaró con tono humilde y sumiso que él había arrestado al muchacho, que le había registrado sin encontrarle nada encima, y que no sabía nada más.

—¿Hay testigos?, preguntó el señor Fang.

—No, señor, respondió el agente de policía.

El señor Fang guardó silencio durante algunos minutos; después, volviéndose hacia Brunlow, dijo con acento de enojo:

—¿Queréis formular, si o no, la acusación contra ese muchacho? Habéis prestado juramento; si ahora rehusáis dar pruebas, os castigaré por haber faltado al respeto a la autoridad; os castigaré en nombre de...

No se pudo oír el nombre, pues en aquel momento el escribano y el carcelero tosieron fuerte y el primero dejó caer un grueso libro, efecto sin duda de la casualidad para impedir que se entendiera el final de la frase.

A pesar de las interrupciones y de los insultos dirigidos por el señor Fang, Brunlow intentó narrar el hecho, haciendo observar que, sorprendido en aquel momento, corrió tras el muchacho, sólo porque había visto que huía, y que por lo mismo esperaba que en el caso de que el juez tuviera que juzgar a Oliverio, lo hiciera no como ladrón, sino como cómplice de ladrones, tratándole con toda la dulzura que le permitiera la justicia.

—Por otra parte, este muchacho está herido, dijo al concluir, y yo temo, añadió con energía mirando a Oliverio, yo temo que está poniéndose malo.

—¡Oh!, sin duda; esto no hay que decirlo, contestó el señor Fang con tono zumbón. Vamos, tunante, tú no tienes ninguna malicia. ¿Cómo te llamas?

Oliverio intentó contestar; pero le faltó la voz; estaba pálido como la muerte y le parecía que la sala daba vueltas a su alrededor.

—Tu nombre, bribón, dijo el señor Fang con voz ronca; ¡oficial!, ¿cuál es su nombre?

Estas palabras se dirigían a un hombre grueso que estaba cerca de la barra, el cual se volvió hacia Oliverio y repitió la pregunta; mas viendo que el muchacho no estaba en disposición de contestar y temiendo que su silencio no haría más que exasperar al juez, haciendo que la sentencia fuese más severa, contestó:

—Ha dicho que se llama Tom White, señor.

—Rehúsa hablar, ¿no es verdad?, dijo Fang; bien, muy bien. ¿Dónde vive?

—Donde puede, señor magistrado, contestó el oficial de policía, como si transmitiera lo que respondía Oliverio.

—¿Tienes padres?, preguntó Fang.

—Dice que le faltan desde muy niño, señor, repuso el oficial.

Aquí llegaba el interrogatorio, cuando Oliverio levantó la cabeza, y lanzando una mirada suplicante a su alrededor, pidió con voz débil un vaso de agua.

—¡Eh, necio!, exclamó Fang, no trates ahora de engañarme con tus gazmoñerías.

—Yo creo que verdaderamente está malo, señor juez, objetó el oficial de policía.

—Ya sé a qué atenerme sobre esto, replicó Fang.

—Sostenedle, dijo el anciano al agente, alargando las manos instintivamente; va a caerse.

—Dejadle, oficial de policía, gritó Fang brutalmente; si cae será porque está fingiendo.

Oliverio, como si aprovecharse el permiso, cayó cuan largo era al suelo, sin sentido. Los agentes se miraban unos a otros, sin que ninguno se atreviera a socorrer al muchacho.

—Yo sé bien que está fingiendo, dijo el señor Fang, como si aquel accidente fuera una prueba de

ello; dejadle en el suelo; pronto tendrá que levantarse.

—¿Qué resolución queréis tomar, señor?, preguntó el escribano en voz baja.

—Quiero condenarle sumariamente a tres meses de prisión, respondió Fang, con trabajo forzado bien entendido. Haced despejar la sala.

Se acababa de abrir la puerta y dos hombres se preparaban para llevarse a Oliverio desvanecido, cuando un individuo de cierta edad, de aspecto humilde, con una levita negra bastante usada, entró en la sala y se acercó a la barra.

—¡Deteneos!, ¡deteneos!; no os lo llevéis, dijo el recién venido, falto de aliento; por el amor de Dios, atended un momento.

Los hombres que presiden los tribunales de esta clase, ejercen una autoridad arbitraria e inmediata sobre la libertad, la reputación, el carácter y hasta la vida misma de los súbditos de Su Majestad, y ocurren delante de ellos cotidianamente escenas capaces de arrancar lágrimas a los mismos ángeles, no conociendo el público sus detalles más que por los periódicos. Así podemos deducir lo irritado que estaría Fang al ver entrar a aquel desconocido sin su permiso y de una manera tan poco respetuosa.

—¿Qué es esto? ¿quién es este hombre? Echadle a la calle, gritó el juez. Desocupad la sala.

—Yo quiero hablar, dijo el recién venido; no quiero salir. Yo lo he visto todo. Soy librero, y deseo que se me escuche: no lo podéis rehusar; es necesario que me escuchéis, señor Fang. Vos no me desecháis.

Aquel hombre estaba en su derecho: tenía el aire resuelto y determinado, y la cosa presentaba un aspecto demasiado grave para ser tratada con ligereza.

—Dejad paso a ese hombre, murmuró Fang de mala gana. Vamos a ver, ¿qué tenéis que decir?

—Escuchad, dijo el librero. He visto tres muchachos, éste que está detenido y dos más que miraban desde el otro lado de la calle mientras este caballero leía. Es uno de los otros dos el que ha cometido el robo; yo lo he visto con mis propios ojos y he visto asimismo el espanto y estupefacción de éste que está aquí.

Hablando así el honrado librero tomó aliento, y pudo contar todas las circunstancias del robo.

—¿Por qué no habéis venido en seguida?, dijo Fang, después de un momento de silencio.

—No tenía a quién para guardar mi tienda, repuso el librero: todos habían salido a perseguir al ladrón; no hace más que unos cinco minutos que he encontrado uno y he venido corriendo.

—¿Decís que el acusador se disponía a leer?, preguntó Fang después de otra pausa.

—Sí, repuso el testigo, el libro que todavía tiene en la mano.

—¡Ah!, ¡ah!, ¿este libro?, dijo Fang, ¿lo ha pagado?

—Todavía no, respondió el librero sonriendo.

—¡En efecto, me había olvidado, amigo mío!, exclamó ingenuamente el anciano con aire distraído.

—He aquí un excelente acusador para venir a pedir justicia contra un pobre muchacho, dijo Fang con aire cómico y presuntuoso. Yo creo, caballero, que os habéis quedado con este libro de una manera reprensible, por no decir otra cosa, y es fortuna para vos que el librero no quiera perseguirlos por el hecho: sirvaos esto de lección, caballero, pues de lo contrario caerá la ley sobre vuestra cabeza. Levanto la sentencia pronunciada contra este muchacho. Despejad la sala.

—¡Voto a tal!, gritó el anciano, dando libre curso a su cólera contenida por tanto tiempo. ¡Voto a tal!, yo quiero...

—¡Despejad la sala!, repitió el magistrado. ¡Oficial de policía, ¿me entendéis?, haced despejar la sala!

Ejecutóse aquella orden y Brunlow tuvo que salir fuera, llevando su libro en una mano, el bastón en la otra, y poseído de la más violenta cólera. Llegó a la calle y se calmó poco a poco. Oliverio Twist estaba tendido en el suelo, con la camisa abierta y las sienes bañadas de frío sudor, pálido como la muerte y agitados sus miembros por un temblor convulsivo.

—¡Pobre muchacho!, ¡pobre muchacho!, dijo Brunlow acercándose a Oliverio; es necesario buscar un coche pronto.

Hízose acercar un coche; Oliverio fué colocado en

uno de los asientos, y el anciano se sentó en el otro.

—¿Queréis que os acompañe?, preguntó el librero.

—Con mucho gusto, amigo mío, dijo Brunlow. Sería fácil que de nuevo os olvidara. Debo aún el importe de este maldito libro: subid. ¡Pobre muchacho!; no hay que perder un solo minuto.

El librero subió al coche y éste emprendió la marcha.

## CAPITULO XII

El coche partió hacia Mount Pleasant y subió por Exmouth Street, tomando así, poco más o menos, la misma dirección que Oliverio había seguido el día de su llegada a Londres acompañado del *Truhán*. Al llegar a Islington, cerca de la hostería del Ángel, tomó otra dirección, parándose por fin a la puerta de una hermosa casa, de Pentonville, en una calle tranquila y retirada. Se preparó sobre la marcha una cama, en la cual Brunlow hizo acostar a su joven protegido, dispensándole con paternal solicitud los mayores cuidados y atenciones.

Durante muchos días el pobre Oliverio permaneció insensible a todos los desvelos de sus nuevos amigos; muchas veces el sol salió y descendió a su ocaso y el muchacho seguía tendido en el lecho del dolor, abatido por una fiebre que le devoraba a la manera que un ácido sutil penetra y roe el hierro más duro. Desencajado, pálido y flaco, despertó por fin de aquel sueño penoso y prolongado. Incorporóse con trabajo en su lecho, y apoyando la cabeza sobre su brazo tembloroso, miró con inquietud a su alrededor.

—¿Dónde estoy?, ¿dónde me han conducido?, dijo.

Débil como estaba y aunque pronunció estas palabras con voz casi imperceptible, fueron oídas al momento, puesto que se corrió la cortina de la cama en aquel instante, y una señora de edad, de porte sencillo y decente, se levantó de una butaca en la cual estaba recostada.

—No hables, hijo mío, dijo con dulzura a Oliverio; es necesario estar bien quieto, el médico te reñirá; tú has estado muy malo, tan malo como se puede llegar a estar; acuéstate, queridito mío.

Al mismo tiempo acariciaba dulcemente la cabeza de Oliverio, separándole los cabellos que caían sobre sus ojos, y le miraba con tanta solicitud y ternura, que aquél no pudo menos de coger con su mano descarnada la de la anciana y pasarla alrededor de su cuello.

(Continuará.)

## RECETAS CULINARIAS

### Huevos fritos

Acaso parecerá raro que demos entre estas fórmulas plato tan vulgar y corriente, pero nos decide a hacerlo el escaso conocimiento que existe para ejecutarlo con verdadero arte culinario. La manera corriente es ésta: Se cascan los huevos, zambulléndose incontinenti en el hirviente líquido, sin cuidar de que las yemas se junten o no, cuajándose éstas muchas veces con las claras en forma nada correcta ni estética. Pues bien; la forma técnica de condimentar este plato es la siguiente: Deben hacerse los huevos fritos uno a uno, y servirse, a medida que se van haciendo, de la sartén al plato. La cantidad de aceite o manteca debe ser como diez veces mayor que el volumen de un huevo. Rómpase éste, echando la clara en una taza y en otra la yema, agitando ligeramente la primera sin batirla, y mientras esto se hace, téngase la sartén en fuego vivo. Cuando el líquido humea y toma el color azulado, característico de todas las grasas cuando se inicia la ebullición, retráese la sartén del fuego, vertiéndose en ella la clara al hilo, desde un palmo de altura, y hecho esto, de un golpe y con rapidez, se arroja la yema en medio de la clara. Se tapa la sartén y tres minutos después se quita la tapadera y se saca el huevo frito colocándolo en el plato. No debe echarse sal, póngasela el consumidor a su gusto. El huevo, así frito, mide en el plato un diámetro de 10 a 12 centímetros. La clara blanca, limpia y trasluciente, cubre con una telilla la yema, completamente esférica y bien cuajada, y el anverso del huevo estará ligeramente tostado.

### Sardinas emparrilladas

Se limpian y vacían, se untan con aceite y se abren a lo largo. Así extendidas, se asan sobre brasa viva en la parrilla, y después se colocan en un plato o fuente, en donde se habrá puesto de antemano manteca de vaca muy fresca, amasada con perejil recortado y un punto de pimienta. Este aliño no es otra cosa que la salsa a la mayordoma.



NUEVA REIMPRESION

**FABULAS DE ESOPPO**

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**ECOS DE LAS MONTAÑAS**

POR D. JOSÉ ZORRILLA. — ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

**ANEMIA** DEBILIDAD **Verdadero HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero. — El mas activo y economico, el unico inalterable. — Existe el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, Paris.

**LAFUENTE**

## Historia General de España

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

POR D. MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA

CON LA COLABORACIÓN DE

D. A. BORREGO Y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas — Su precio **310** pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, a **5** pesetas uno.

**Historia de los Romanos**

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS

OBRA ESCRITA POR **VÍCTOR DURUY**

INDIVIDUO DEL INSTITUTO DE FRANCIA Y EXMINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

TRADUCIDA DE LA ÚLTIMA EDICIÓN POR D. CECILIO NAVARRO

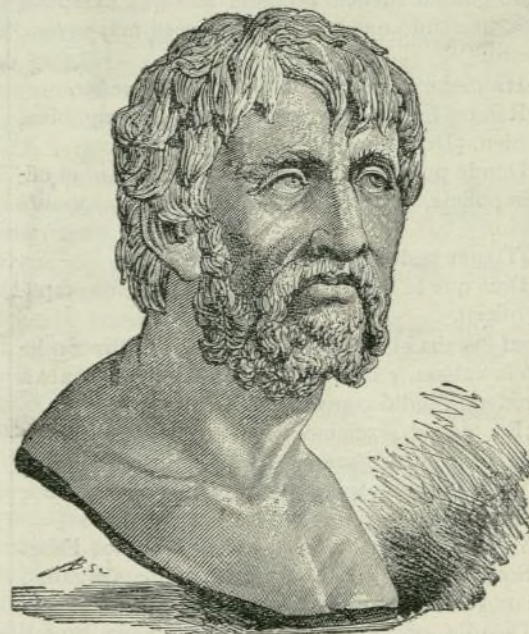
EDICIÓN PROFUSAMENTE ILUSTRADA

No ha existido pueblo alguno en el mundo tan grande como el antiguo pueblo romano; grande en sus instituciones, en sus empresas, en sus hombres, en sus virtudes y hasta en sus vicios. Al lado de Roma todo es pequeño, raquítico, mezquino. Sus armas dominan el mundo conocido; sus legisladores dictan códigos que prevalecen aún en las naciones modernas más cultas; sus poetas cantan en dulces o en épicos versos que a todos sus sucesores han servido de modelo y que ninguno de ellos ha podido superar; sus artistas dejan tan sembrada de espléndidas manifestaciones la ciudad del Capitolio, que todos los bárbaros reunidos, y aun los mismos siglos, destructores más implacables todavía, no pudieron acabar con ellas. La influencia ejercida por el pueblo romano en los destinos del mundo subsiste a través del tiempo; el conocimiento de su historia es tan interesante hoy por hoy, como el día que tuvieron lugar los hechos en ella narrados.

Varios han sido los autores, muy respetables algunos de ellos, que han medido sus fuerzas escribiendo bien la historia general de ese pueblo, bien alguno de sus períodos más importantes. Ninguno, empero, pudo satisfacer las exigencias de la crítica, hasta que Víctor Duruy ha realizado la ardua empresa a que tituló HISTORIA DE LOS ROMANOS.

Una obra de tan excepcional mérito merecía una edición digna de ella y creemos haberlo conseguido pues en el ramo de ilustraciones, tan esencial en publicaciones de esta índole para facilitar la inteligencia del texto, se publican verdaderas novedades copiadas de los principales museos de Europa.

Dos tomos en cuarto ricamente encuadernados, **34** pesetas.



SÉNECA, bronce existente en el Museo de Nápoles

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY**

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

Ayuntamiento de Madrid